



# SEXTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“EL SALÓN DE  
BELLEZA”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
ABRIL 2022**



# ÍNDICE

SUEÑOS	J. C. Santa Cotrina	4
CRISTINA	Ángel Rodríguez García	5
ESTÉTICA MORTAL	David Santiago	6
ILUSTRACIÓN	Ana Torrecilla Casitas	7
SIN TÍTULO	Ángela Sayago Martínez	8
UN CENTRO FUTURISTA	Pilar Alcántara	9
LA PELUQUERA	Concha Ibáñez Montero	10
NO HUBO SUERTE	Cele Lázaro	11
ILUSTRACIÓN	Pablo Masa	12
NADA QUE VER	José A. Secas	13
EL ALGORITMO	Margarita Gozalo	14
ETERNIDAD	Belén Gómez	15
HASTA AHÍ PODÍAMOS LLEGAR	Víctor M. Jiménez Andrada	16
ILUSTRACIÓN	José Delgado	17
DECISIÓN EQUIVOCADA	Blanca Fajardo Utrilla	18
LA MÁSCARA II	Flor Bermejo	19
TEMPLOS	José A. García Feria	20



## SUEÑOS

Cuando el centro de estética la devolvió a la calle, salvo las sombras, que ahora eran proyectadas por la luz de las farolas, nada había cambiado.

Seguía siendo la calle de siempre, con sus escaparates de perfumerías y tiendas de moda, su acera ancha y tenuemente iluminada por unas farolas más altas que los árboles, sus pisos de fachada elegante y antiguos, de antes de la guerra.

Los masajes y peelings sensoriales que le transportarían a lugares exóticos no duran para siempre. Los folletos del centro de estética le prometían algo que se desvanecía al pisar de nuevo la calle. Nada había cambiado y frunció el ceño, apretó los dientes y cerró sus puños con rabia. Sintió ganas de gritar al cielo y desahogarse. El enfado era consigo, una vez más se había dejado llevar. Sentir la experiencia no es quedarse en ella.

Caminó despacio hacia su casa, mirando a la calle sin verla, repasando sus sueños y al guardar las manos en los bolsillos del abrigo, sus dedos alcanzaron la tarjeta del centro de estética en la que tenía anotada la fecha y hora de la próxima cita.

**J. C. Santa Cotrina**

## CRISTINA

—Quiero ser bella y que me cambien la piel, que sea lisa, suave y de ébano. Los ojos un poco rasgados, tornasolados, marítimos y navegables, sin más puertos que el infantil parpadeo ensortijado. Los dientes ¡Ah, los dientes! Marfilados, resplandecientes. ¡Oiga! Además, una peca en el pómulos izquierdo, del mismo color que el pelo, negro azabache, brillante y sedoso, que se ondula con el viento y desprenda ilusiones para soñar. Yo quiero unos perfilados labios de corazón, que al sonreír transmitan las alegrías del alma. Las orejas regulares y ligeramente adelantadas, como signo de atención y de deseo, que al observarlas cuenten aventuras en sus valles y escenas de amor en las cuevas y solo oigan lo que de verdad importa. También quiero las manos graciosas, con desparpajo, como los niños que quieren jugar con todo, que acaricien mejillas y pregunten cómo es el mundo. Y un esbelto cuerpo y unas largas piernas que brinquen y salten sobre los charcos. ¿Sabe usted? Me gusta sentir en mi lengua las gotas de lluvia, así que de ella no hablo.

La embatada recepcionista con gafas de pasta roja y mascadora de chicle contestó lacónica:

— ¡Uy, de eso no tenemos!

Decepcionada primero y enfadada después, Cristina bajó los escalones de la clínica

**METAVERSO STETIC CENTER S.A.**

*Hacemos realidad sus sueños*

**Ángel Rodríguez García**

## ESTÉTICA MORTAL (DE DIVINA DE LA MUERTE)

Aquella señora, entrada en los cincuenta años largos, salió corriendo cual alma condenada que lleva el diablo del centro de cosmética a «*escape palaciego*».

Con los pelos hechos un revoltijo. La cara como una horrible mueca de carmín, desfigurada. El busto, rojo como crema de cangrejo, con la piel mal cosida, a base de dolores y ampollas.

¡Menuda le habían liado! Y eso que iba recomendada. La mujer del ministro, nada menos, chica. Pero, mira, las cosas se tuercen y algunas suceden así, sin previsión de error, pero con margen garrafal.

Aún perdura en el barrio la imagen de ella corriendo enfervorecida y enojada a partes iguales. Los resultados serían compensaciones y escándalos multimillonarios, porque el mal ya estaba bien hecho.

Las causas que se aseguraron eran varias. A saber, realmente:

Que si había dicho una cosa de rivalidades políticas para arruinar al ministro. Que alguien había comprado por revancha a las esteticíen y al masajista. O un boicot de otra tienda local a punto de ser devorada por otra multinacional entre espasmos.

El resultado de todas las causas y cosas fue desastroso.

**David Santiago**



**Ilustración de Ana Torrecilla Casitas**

Desde el parque observaba detenidamente las ménsulas de aquel edificio reformado cuando un estruendo de cristales rotos hizo que se me cayera el helado sobre el bolso. La puerta de cristal de la peluquería, hecha añicos en el suelo, temblaba aún en su esqueleto de aluminio mientras aquella señora con las mechas puestas se acercaba a mí con cara de gato que no ha comido y unos brazos... ¡que ya quisiera Popeye! Sostenía un secador de pelo en la mano derecha, que agitaba con ira sin apartar sus ojos de mí. No me dio tiempo de sacar un pañuelo del bolso para limpiar el helado derretido cuando aquella mujer de fuerza descomunal ya se encontraba a tres pasos de mí. Sin mediar palabra, después de contemplarme de arriba abajo y arrojar el secador a la papelera junto al banco de donde me levanté precipitadamente al vérmela encima, se sentó y vociferó: *¡No hay derecho! ¡No - hay - derecho!* Yo seguía de pie con el bolso en la mano, el asa larga colgando hacia el suelo, chorreando helado de fresa mientras sostenía el cucurucho en la otra intentando que las avispas no lograsen posarse. Supongo que mi cara era un cuadro, pero la señora mascullaba algo ininteligible entre dientes sin prestarme atención y no sé cuánto tiempo pasó, pero atardecía y el reflejo de algunos rayos de sol posados alegremente en el papel *albal* que tenía en la cabeza, comenzaba a cegarme lanzándome ráfagas despiadadas a las pupilas como si de una nave extraterrestre se tratara. *¡No hay derecho! ¡No - hay - derecho!* Cuando por fin volví en mí, me acerqué cautelosa hacia la papelera para tirar el cucurucho, entonces, la mujer me espetó: *¡Alto! ¡Me va a manchar el secador!* Y lo recogió con la misma furia con que lo hubo lanzado. Di unos pasos hacia la cesta, su mirada de disgusto colocada en mi bolso; tiré el barquillo limpiando el desastre con una toallita húmeda y, sin atreverme a sentarme de nuevo, en un instante de valor osé preguntarle: *¿Le ocurre algo señora?* dije con la vocecilla quebrada. Bruscamente, moviendo la nave nodriza que tenía en la cabeza, volvió a gritar: *¡No hay derecho! ¡No - hay - derecho! Pues claro que ocurre algo, niña. El zoquete de mi marido, que cuela a mi vecina Pura en el secador de cabeza, cuando sabe que los jueves por la tarde asisto al club de lectura y hoy voy retrasada. ¡Yo! ¡Yo debería colarme cuando quisiera! ¡Y no esa vieja cotilla que siempre me echa al perro cuando salgo por las mañanas de casa! ¡Están compinchados! ¡Lo sé! ¡Y ahora me tocará llamar al seguro para la puerta! ¡Si es que no mido mi fuerza! ¡Si es que ir al gimnasio cada mañana me está poniendo como Hulk! ¿Sabe usted quién le digo? Sí, el hombre ese de color verde de las películas. Sabe usted, mi sobrino tiene un muñeco de Marvel que me representa ahora mismo. ¡Y ese barrigón la cuela porque no le dejo comer helado los miércoles! ¡No hay derecho! ¡No - hay - derecho!* De repente, se levantó empuñando el secador como una pistola y le gritó a una señora de pelo pomposo recién peinado que salía mirando de reojo hacia el parque y entraba en el portal de al lado: *¡Te vas a enterar! ¡Mañana voy a adoptar a un chiwawa para que te dé la noche! ¡Y tú!* —El marido asomaba la cabeza por el hueco donde faltaba el cristal— *¡Y tú! ¡Siempre me haces lo mismo! ¡Estáis compinchados!* —*¡Se te van a aclarar demasiado las mechas Hortensia! ¡Entra mujer, que la reunión del club es mañana! ¡No vamos a ganar para puertas! ¡Todos los meses igual! Anda ven, que luego nos vamos a cenar, que hoy es miércoles* —gritó el marido desde la acera de enfrente.

La nave nodriza, dirigiéndose hacia la peluquería sin prestarme atención, le contestaba: *¡Vale! Pero no comes postre, ¿eh, Vicentico?, tienes que rebajar esa barriga.* Cuando se hizo el silencio, me senté en el banco y retomé la contemplación de las ménsulas de aquel edificio reconstruido, pensando en volver dentro de un mes, el miércoles, a la misma hora.

**Ángela Sayago Martínez**

## UN CENTRO FUTURISTA

Entré entusiasmada en el centro de estética más famoso de mi ciudad. Era un centro futurista, muy moderno. Utilizaba alta tecnología para mejorar nuestra imagen. Me senté en la silla mientras varias chicas muy maquilladas me servían café, pastas integrales bajas en calorías y una revista de moda. Acepté solo el café porque no podía concentrarme en nada más. De repente, el espejo se convirtió en una pantalla que comenzó a analizar mi rostro al milímetro. Las chicas me pusieron unos auriculares para escuchar las sugerencias del espejo electrónico: «*Nariz excesivamente larga y protuberante en el extremo, cejas ligeramente arqueadas y con indicios de canas; mentón ordinario y fuera de los cánones; ojos pequeños y de color anodino; orejas circulares y colgantes; pelo poco abundante con caída del treinta por ciento, falta de brillo y color*». Yo ya estaba con las lágrimas en los ojos, cuando una música celestial me invadió por completo mientras el espejo transformaba mi imagen corrigiendo todos mis defectos. El reflejo electrónico del aparato me devolvió la imagen de una mujer que no era yo, pero que, evidentemente, era mucho más guapa según lo programado en su memoria. Esa mujer poseía la supuesta versión mejorada de mi rostro. Inmediatamente salió el precio: por trescientos euros, cambio de pelo, por doscientos, cambio de cejas, por tres mil euros, derivación al cirujano estético, etc. Me quité los auriculares y salí disparada hacia la calle dejando atrás aquel centro maligno que me estaba dañando el corazón. Las chicas me miraban sorprendidas. En el cristal del escaparate contemplé mi rostro imperfecto y mi pelo lacio. Esa soy yo, me dije enfadada y, en un gesto infantil, lo sé, les saqué la lengua a las chicas perfectas que me miraban espantadas desde la puerta.

**Pilar Alcántara**

## LA PELUQUERA

Hace un día precioso, pero Martina está encerrada en casa con un buen disgusto. Su cabeza está plagada de trasquilones y las mechas que pidió en la peluquería no son doradas. Tienen un color verdoso bastante desagradable.

Hace más de un año conoció a Jaime por internet. Se escriben a menudo y se mandan fotos. Poco a poco entre ellos ha ido surgiendo una muy buena amistad, e incluso más que buena... tanto es así que Jaime le propuso un encuentro en directo. Quizá para dar un paso más.

Martina no es especialmente guapa ni esbelta. Es una mujer del montón, que va sumando años y algunos kilitos a su cuerpo. Pero Martina es dulce, culta, buena conversadora y muy empática. No tiene pareja porque los tíos se fijan en el físico y el suyo, precisamente, no destaca.

Martina tiene una amiga que regenta una peluquería y salón de estética, y allí se suele confiar cuando quiere ir un poco más mona. Su amiga Sara es muy atractiva y siempre consigue al chico que quiere y casi siempre se lo restriega a Martina por la cara, aunque a ella no parece importarle.

Esta mañana, Martina fue a arreglarse el pelo llena de ilusión y ganas para parecer un poquito más guapa. Le cuenta a Sara todos sus anhelos y se pone en sus manos. Pero Sara ha tenido un mal día. Su último novio la ha dejado y siente una enorme envidia por la ilusión de Martina. Se pone con ella manos a la obra y extiende el tinte. Más tarde corta con saña y sin seguir ninguna norma de peluquería. Martina no se da cuenta de nada ya que está sentada en una zona sin espejos, idea de Sara, para darle una sorpresa.

Cuando da por concluida la operación, le entrega un espejo a Martina que, horrorizada, ve el adefesio en el que la ha convertido su supuesta amiga.

Ya no tiene tiempo de cambiar nada. Había quedado con Jaime allí mismo en unos minutos. Por lo que desolada y enfadada se enfrenta a Sara que está muerta de risa, diciéndole que no se enfade, que es una broma.

¿Una broma? Ya no aguanta más bromas. Martina le dice cuatro cosas, la insulta y sale corriendo hacia su casa dispuesta a no moverse de allí y dejar que pase la oportunidad de conocer mejor a su amigo. Y ahora, a pesar del día espléndido, está encerrada en casa, desolada y con un buen disgusto.

De pronto suena su móvil. Es Jaime quien llama. Le explica que ha ido a buscarla y que su peluquera le ha parecido una mente retorcida y malvada ya que, entre risas, le ha mostrado algunas fotos de Martina hecha un adefesio y un basilisco. Pero a Jaime no le importa como esté. A pesar de todo quiere verla, encontrarse, cenar, ir a bailar... todo lo que habían planeado. Después de tanto tiempo, a él lo que realidad le importa no es el físico, sino la calidad humana, y de eso, Martina está muy sobrada.

**Concha Ibáñez Montero**

## NO HUBO SUERTE

«*La combinación ganadora es: 3. 6. 8. 27. 46 y 48*»

Fernando, sentado delante del televisor, salta de su silla. Abraza a Vicente.

— ¡Soy rico! Vicente, ¡soy rico!

Vicente no sale de su asombro.

— ¡He acertado todos los números! Ahora podré cumplir mi sueño. En cuanto cobre mi premio, pondré el dinero a buen recaudo en el banco y al día siguiente empezaré mi vuelta al mundo, sin rumbo fijo. Sin fecha de caducidad. Disfrutaré recorriendo cada uno de los continentes y solo tú sabrás por dónde estoy en cada momento, te mandaré un mensaje cada vez que llegue a un nuevo país.

Y así fue al principio.

Ahora han pasado cinco años y hace cuatro que Vicente no sabe nada de Fernando. Durante un tiempo intentó ponerse en contacto con él. La única respuesta que halló fue el silencio. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

En este momento, a Vicente no le van bien los negocios, ha pensado en el dinero de Fernando y se le ha ocurrido la idea de suplantarlo y hacerse el dueño de todo.

Así, llevando en la mano la última fotografía en que aparecían los dos juntos, ha ido a la consulta de un muy afamado cirujano plástico. Quiere salir de allí con una cara idéntica a la de su amigo.

Pero el cirujano no ha tenido un buen día.

Vicente se mira al espejo. Lo tira con furia contra la pared y sale corriendo. Con esa cara, nadie le va a dar el dinero de Fernando.

**Cele Lázaro**



Ilustración de Pablo Masa

## NADA QUE VER

Antonio acudió puntual a la cita y fue invitado por Javier a sentarse directamente en el confortable sillón. No hubo espera. Desde el primer momento dio señales al peluquero de que no estaba muy comunicativo y este, como buen profesional que era, se limitó a asegurarse perfectamente de qué corte deseaba y se puso manos a la obra sin interrumpir los pensamientos de su cliente. En la radio sonaban éxitos musicales de toda la vida interrumpidos cada poco por esos anuncios locales tan básicos e insustanciales. Nadie les hacía caso, tampoco ellos.

Antonio observaba su reflejo en el enorme espejo que ocupaba toda la pared, pero ni siquiera la visión obstinada y constante de su cara excepcionalmente sería conseguía apartarle de sus pensamientos. Antonio llegó muy preocupado a la peluquería y el tiempo de serenidad obligada no quiso dedicarlo a evadirse y parlotear de trivialidades con su peluquero, por el contrario, Antonio se dedicó a sacarle punta a un pensamiento recurrente y enquistado que le atormentaba sin tratar de profundizar en las causas ni en las consecuencias. Se obstinaba en seguir rumiando su desdicha con un placer aparente, pero engañoso. No pretendía despejar las razones y llegar a conclusión alguna. Parecía que disfrutara como un cochino en un lodazal de su pesadumbre emocional y se regodeara en su sufrimiento.

A medida que el volumen de su cabeza alcanzaba las proporciones pretendidas y se perfilaban los contornos de su cabello, su desazón crecía, su cara se tensaba, sus ojos se vidriaban, sus venas se hinchaban, sus dientes se apretaban, sus labios se fruncían y sus pensamientos se nublaban y ennegrecían hasta crispas todo su ser. Javier trataba infructuosamente de mantenerse al margen de la tensión que se estaba generando en su cliente y se afanaba por ejecutar su trabajo con precisión. Sus esfuerzos por mantener la concentración en el triángulo perfecto que forman el cabello, el peine y las tijeras no eran suficientes para eludir la presión ambiental que estaba generando Antonio.

El karma, el aura, el halo, la energía y todas esas inmaterialidades y espiritualidades del ser humano, comenzaban a tomar cuerpo presente y a generar un estado entre tormentoso y volcánico a punto de la combustión espontánea o de la explosión inducida. Ese fue el momento en el que el peluquero decidió ejecutar una maniobra de distracción e invitar a Antonio a lavarse la cabeza y así acometer los prolegómenos del final del proceso de estética capilar sin que su cliente saltara por los aires.

Cabía esperar que el agua tibia, las fricciones delicadas del cuero cabelludo, el olor agradable y relajante del champú y la canción armoniosa que sonaba en la radio, consiguieran apaciguar a la fiera encerrada que amenazaba con salir desbocada de la olla a presión que atenazaba el espíritu de Antonio; pero no. A los pocos minutos Antonio salía furioso y hermoso de la peluquería de Javier. Cualquiera hubiera pensado que su tratamiento estético había sido un desastre a pesar de la exquisitez del corte, pero nosotros sabemos que la mala hostia ya la traía puesta de casa y que su rato en la peluquería solo había servido para terminar de cocinar su furia interior. Su gazpacho se convirtió en un frito y luego en un suflé. Qué cosas pasan. Cómo están estas cabezas, por Dios...

**José A. Secas**

## EL ALGORITMO

Hacía diez años que Lara, aquella chica larguirucha y de pelo lacio, trabajaba en el despacho de al lado y, aquel lunes por la mañana, a Beatriz le había costado trabajo reconocerla. Estaba sencillamente impresionante, se había cortado y decolorado su lacia melena y, de pronto, aquella mandíbula estrecha y esa piel blancucha, le aportaban un aspecto exótico, casi lunático. Con lentes de contacto de dos colores su aspecto mostraba un andrógino parecido con David Bowie (¿Quién lo iba a decir?).

Fingiendo desinterés, Beatriz preguntó a su compañera por el origen de ese llamativo cambio y descubrió que habían abierto un centro de estética e imagen personal, que respondía al pretencioso nombre de «El algoritmo». Esa misma tarde estaba sentada en su sala de espera, bajo una aparatosa araña de cristal.

La recepcionista le explicó que se trataba de un concepto de estilismo de última generación que combinaban estudios de inteligencia artificial y *big data* con el *coaching* emocional para ayudar a cada cliente a encontrar su verdadero yo. Las elecciones del cliente serán procesadas mediante un algoritmo. Cada cliente decidía qué porcentaje de cambio de imagen estaba dispuesto a asumir. La tabla de precios indicaba que los cambios más radicales eran también los más caros.

Pasó a una cabina individual presidida por una tablet en la que el *personal assistant* que le había tocado en suerte, iba marcando sus respuestas a preguntas. La primera de las cuáles era.

—Mientras lo piensa— le dijo su guapísimo asistente— podemos empezar por una decisión sencilla. Por ejemplo, ¿qué música le gustaría escuchar?

Mientras decía estas palabras le indicaba que buscara, ella misma, en la tablet, la inicial de su grupo favorito. Algo salió mal, quería elegir a «Imagine Dragons», (un grupo moderno, juvenil y sofisticado) pero, accidentalmente, su dedo pulsó la letra «E» y comenzó a sonar una envolvente balada de Elvis Presley «*Love tender, love me true...*». A esa melodía siguió una de Sinatra, otra de Nina Simone, sin que Beatriz hiciera nada por impedirlo. Le dieron opción a elegir una bebida y, de entre una retahíla de *smoothies* y refrescos de kombucha, Beatriz optó por un clásico *Early Grey* con leche, servido en una taza de porcelana *vintage* que le supo a gloria.

La conversación con el *coach* estético resultó fluida, rozando el «coqueteo» de forma que no se resistió a que el espejo se transformase en una pantalla de vídeo, que le ocultaba todo el proceso de transformación al que se estaba sometiendo. Había elegido, por supuesto, la opción más radical (el destino es para la audaces).

Cuando, finalmente, le mostraron su nueva imagen en el espejo, le costó reprimir un grito. Era difícil reconocerse en esa mujer que le miraba atónita y gritaba, quien sabe si de asombro o de indignación. Esa mujer tenía, sin embargo, un aire muy familiar para ella. Necesitó unos minutos para recuperarse de la impresión. Con un abultado moño peinado a lo Farah Diva y unos ojos delineados con un *eye line* estilo años 70, era su propia madre la que la miraba desde el espejo.

**Margarita Gozalo**

## ETERNIDAD

Manuel Jiménez ha cambiado tantas veces de cara que ya ni recuerda sus facciones. La primera vez, con veintidós años, lo hizo tras robar en la oficina del banco de su pueblo. Diez millones de las antiguas pesetas. Unas lentillas de colores, un tinte de pelo y dejarse crecer la barba le bastaron entonces para camuflarse, pero pasó mucho miedo. Soñaba que lo pillaban y la Guardia Civil lo llevaba esposado al cuartelillo, mientras sus vecinos le insultaban y se reían de él. Lo peor era ver a su abuelo entre la multitud, con la vergüenza y la pena reflejadas en cada una de sus arrugas. Entonces se despertaba sudando y con las piernas agarrotadas, incapaz de moverse hasta que conseguía volver a la realidad.

Y así pasaron tres años y el dinero se le fue acabando. Siempre previsor, como le habían enseñado, con el último millón preparó su siguiente robo: un banco nacional, cien millones de pesetas. Había aprendido mucho en ese tiempo. Buscó un cirujano plástico, que le puso unos pómulos muy marcados y unos labios carnosos, irresistibles. Le recetó unas pastillas que, además de ayudarle a superar el vértigo que le daba mirarse al espejo, mantenían a raya sus pesadillas. Aquellos fueron los mejores años de su vida, era joven, tenía dinero y una belleza de escultura griega que hacía que mujeres y hombres cayeran rendidos a sus pies.

Cincuenta años con el mismo modus operandi: robo, cirugía, buena vida y vuelta a empezar. Cada vez conseguía más dinero que le duraba menos tiempo; cada vez tenía menos piel para remodelar un rostro tan lleno de cicatrices como su alma; cada vez necesitaba más pastillas para borrar la pena y la vergüenza de las ajadas facciones de su abuelo.

Hoy, con setenta y dos años ha dado el golpe final. A lo grande y con las nuevas tecnologías: mil bitcoins, casi cuarenta millones de euros, suficiente para lo que le queda. El robo más difícil de su carrera. Con infraestructura informática a la altura de las circunstancias y borrado de huella, física y digital. Nunca ha escatimado dinero para pagar a los mejores profesionales y todo ha salido perfecto.

No tiene apenas piel sana, pero esta va a ser su última operación, por eso no ha seguido el consejo del especialista que le proponía un hermoso rostro, joven y varonil como los que ha lucido a lo largo de toda su vida. Está cansado y quiere poder reconocerse por fin. Ha sido difícil que el cirujano lo entendiera, pero la cantidad insana de dinero que le ha pagado ha conseguido convencerle.

Le ha costado mucho recuperarse a causa la edad, la falta de piel, el azúcar alto...

Cuando por fin puede mirarse al espejo el miedo le pone al borde de la angina de pecho. Allí está su peor pesadilla, la cara deformada de su abuelo le mira, surcada de falsas arrugas de plastilina, las cejas incapaces de enmarcar los ojos hundidos de vergüenza y unos labios en los que la silicona parece derretirse en un gesto de pena infinita.

El cirujano, casi tan asustado como él, le pone una pastilla bajo la lengua y le sugiere una nueva operación. Nunca entenderá que ya no habrá nada que consigna hacer desaparecer esa máscara distópica, irreal, absurda como su vida y aterradora como sus sueños, que esa será la imagen que acompañe a Manuel Jiménez para toda la eternidad.

**Belén Gómez**

## **HASTA AHÍ PODÍAMOS LLEGAR**

He salido hecha un «miura» del centro de estética. Es un sitio al que nunca había entrado y al que, por supuesto, no voy a volver. No me quejo del servicio: todo muy profesional y la decoración con mucho gusto, se ve que se han gastado una pasta en hacer agradable el sitio.

El problema ha sido la peluquera que me ha atendido. Ya sabemos que a algunas del oficio, y a algunos, porque en las barberías sucede lo mismo, les encanta expandir a los cuatro vientos chascarrillos sin parar mientras manejan con habilidad las herramientas de la profesión. Pero esta que me ha tocado en suerte hablaba sin ahorrar detalles de sí misma y del amante madurito y buenorro que se ha echado.

Tengo que reconocer que, al principio, no le he prestado demasiada atención, pero según iba desgranando detalles, cierto aire familiar me ha recorrido el cuello poniéndome los pelillos de punta. Ya me mosquearon algunas coincidencias en color de pelo, ojos, altura, tipo... pero el comentario definitivo ha sido: «Y tiene el nombre de su mujer, Faustina, tatuado en la nalga derecha».

No he tenido ninguna duda: nombres como el mío hay pocos. Así que he cogido la tijera y sin más comentarios se la he clavado en el cuello. La he dejado rodeada de sus compañeras que trataban de pararle la hemorragia, mientras que las clientas gritaban despavoridas.

Ahora voy a ver a mi Javi. Llevo las tijeras en el bolso y voy a terminar mi trabajo, porque él no va a quedar de rositas, hasta ahí podíamos llegar.

**Víctor M. Jiménez Andrada**



**Ilustración de José Delgado**

## DECISIÓN EQUIVOCADA

No acababa de «cuajar», por más que lo ansiaba, su relación amoroso-afectiva con ningún hombre. Y mira que lo había intentado. Ana había tocado todos los palillos: guapos, feos, jóvenes, viejos, acomodados, modestos, tradicionales, alternativos, con formación y educados y menos educados. E incluso algún patán que otro. Y nada. No había manera. Iniciaba una relación, ésta iba viento en popa durante unos meses y, poco a poco, iba decayendo hasta desaparecer. Y no se consideraba una mujer fácil, no. Aunque tampoco creía ser «estrecha», ya que con la mayor parte de los hombres con los que estableció relaciones más o menos duraderas, había alcanzado una satisfacción importante, tanto física, como emocional. Bien es cierto que con unos más que otros.

Ana atribuía sus diferentes fracasos amorosos a la mala relación que mantenía con su propio cuerpo. Exceptuando sus preciosos ojos, de un verde esmeralda intenso, no acababa de gustarse a sí misma y se veía numerosos defectos: su nariz era demasiado grande y terminaba en una grotesca y afilada punta debajo de la que podían verse dos enormes orificios nasales con sus pelillos y todo; sus mamas eran pequeñas, casi diminutas, y ella ansiaba que se cumpliera en sí misma el famoso mito de «la buena teta que en la mano quepa»... pero no tanto; también su admiración por Jennifer López, la llevaba a compararse continuamente con ella, haciéndole desear ardientemente sus glúteos, glúteos que pensaba adquirir si le inyectaban en los mismos una inofensiva - según le habían comentado- inyección de silicona; asimismo, creía conveniente alisar y reducir la piel que le sobraba en su cara, después de una pérdida de peso que consiguió con una dieta milagrosa y mucho sacrificio, cargándose por ello con múltiples arrugas que envejecían su rostro.

Así que buscó información, sin invertir en ello mucho tiempo y se puso en las manos de un cirujano estético. Esta decisión, tomada sin la previa y necesaria reflexión y basada en falsas creencias que achacaba a sus fracasos sentimentales, no pudo ser peor. Su nariz siguió siendo puntiaguda pero guardaba una asimetría considerable con respecto al tamaño del resto de su rostro, apareciendo como una nariz totalmente deforme. Los orificios nasales cambiaron de tamaño, pero solo uno, permaneciendo el otro, agrandado, y dejando ver por él sus pelillos y todo. Sus implantes de mamas excedieron con mucho el tamaño ansiado por Ana, guardando un volumen asimétrico, antes inexistente, y resultando además las areolas mal ubicadas. Respecto a los glúteos, la realidad fue que la silicona que se utilizó no era la adecuada, sufriendo fuertes dolores en los mismos y una infección irreversible extensiva a sus manos y a sus pies. Finalmente, en el lifting facial los resultados del cuello quedaron bien, pero la comisura de los labios no cambió nada, mostrando numerosas arrugas, al igual que las temidas «patas de gallo» alrededor de los ojos y unas cicatrices ensanchadas por detrás de las orejas que, además, se hicieron queloides. Le inyectaron colágeno para corregir estos defectos, pero no sirvió de nada.

Al cabo de seis meses, tiempo estimado para la solución de todos estos problemas, no se remedió ninguno y Ana, muy enojada, acusó de mala praxis al cirujano que la intervino, presentando una reclamación y al hacerlo, considerablemente triste, de sus hermosos y rasgados ojos verdes, brotaron amargas y silenciosas lágrimas.

**Blanca Fajardo Utrilla**

## LA MÁSCARA II

Se acercan los carnavales, Cele está acelerada preparando los trajes, con los que se vestirá ella y su amigo Manuel.

Hoy ha quedado en acompañarlo al centro de estética, le van a quitar las marcas producidas por el acné que tuvo en la adolescencia. Él no está convencido, pero Cele lo anima desde hace tiempo.

Son las diez de la mañana cuando Cele llega al centro, Manuel la mira, ella se sienta a su lado. A los pocos segundos le llaman y Cele entra con él.

En la cabina de tratamiento se encuentra la Dr. Carmen, se presenta como dermatóloga, comentándole que en veinte minutos, parecerá otro.

Todo va bien, hasta que le ponen un líquido y Manuel comienza a gritar. Cele, al mirarlo, se da cuenta que ¡tiene la piel quemada!

Tras unos minutos de grito y discusión, decide llevar a su amigo al hospital más próximo.

Parece ser que se han confundido de líquido, ha sido una negligencia.

Manuel lleva ingresado en el hospital varios meses, el seguro del centro estético se ha hecho cargo de todos los gastos.

—Han sido unos meses duros—, comenta Cele a Manuel, —pero ya verás cómo quedaras bien. Ahora, solo queda el retoque que tienen que hacerte los cirujanos plásticos.

Ha pasado un mes más, Cele se dirige al hospital, hoy le quitan a Manuel los vendajes, está nerviosa sobre todo por él.

El cirujano habla con Cele, y le comenta que no están seguros de cómo quedará la nariz, le han hecho varios injertos y piensan que habrá que hacer más retoques.

Lo llevan a la sala de cura y comienzan a quitarle los vendajes, Celia observa como su amigo suda por el cuello y las manos, el pulso de la carótida se nota desde la distancia.

Él la mira con ojos expectantes, cada mueca, cada músculo de su cara que le pueda dar pista de cómo ha quedado. Comienzan a quitar la última capa de gasas, el último chorro de suero que ayude a despegar las que tapan su frente, sus pómulos, su nariz, su barbilla.

En ese momento se va la electricidad, y queda una luz tenue, la luz de emergencia. Cele no consigue ver la cara de su amigo, los cirujanos no comentan nada, y Manuel continúa mirando a su amiga.

—¿Cómo ha quedado la cara de Manuel? —Pregunta Cele.

**Flor Bermejo Tato**

## TEMPLOS

En la animada y comercial avenida se erigía el afamado Centro de Estética «CuidaTE», consolidado por sus éxitos ante la variopinta clientela. Curiosamente al lado tenía un local de ibéricos, «La Bellota Feliz», donde se podía observar a los paseantes parados en su escaparate, regateando a sus papilas gustativas. Al otro lado lo flanqueaba la entidad financiera líder en el sector, desde su reciente fusión, el banco «BPC» —Barremos Para Casa—

Como en todo negocio que se precie, al abrir sus puertas cada mañana, en cada uno de esos templos sus augures buscaban señales de hechos futuros a través de los productos que vendían. En los ibéricos, para sortear la crisis de precios, sus bolsas de jamón loncheado bajaron de peso unos veinte gramos y costaban lo mismo. En el banco se buscaban otros fondos de inversión acordes a la crisis y hacia ellos se encarrilaban los caudales de la clientela fidelizada, entraban en el mercado de futuros. En el centro del culto al cuerpo consideraron que eran tiempos óptimos para ocuparse también, ¿por qué no?, del alma.

El cliente más antiguo y novelero de «CuidaTE» era un aguerrido ejecutivo que había labrado su cuerpo con todo tipo de tratamientos faciales, corporales y a través de masajes y envolturas. También había dejado su tiempo y dinero en dilatadas sesiones de cavitación, presoterapia y radiofrecuencia. Y ya estaba él allí para enterarse de las últimas novedades, lucía un bronceado inusual para la fecha que marcaba el calendario, eran los restos de un tratamiento instantáneo con caña de azúcar, que duraba de cinco a diez días, y que se lo aplicaron para asistir a un evento de directivos en un lugar de la Costa del Azahar.

Ya iba viendo la zona habilitada para el nigromante y notaba un cambio de olor en la memoria, más dulzón y suave, por el azufroso del averno. En ese ala del local, tan conocido para él, donde modeló su figura tan pacientemente, ahora se podía pactar con el mismo diablo. El paquete «Premium», de la novedosa oferta, incluía la búsqueda de la eterna juventud, conocimiento, riqueza, amor o poder. Todo eso a cambio de la entrega de su alma, cosa que nuestro hombre consideraba como una hipoteca sobre algo que nunca había visto. Solo quedaba fijar la forma del pacto, si se hacía oral sería sin pruebas y si era por escrito conllevaría alguna marca diabólica. Prefería por escrito y llevar para siempre una buena cicatriz porque creía que eso daba mucho morbo y luciría entre sus conquistas amorosas.

Con todo decidido para la firma, la operación quedó en suspenso y atravesó la puerta hasta la calle totalmente desencajado y con un berrinche monumental. Al utilizar su tarjeta de crédito un simple mensaje de «Pago denegado, consulte con su banco» vino a tirar por tierra esa posibilidad del mundo en sus manos. Dando un portazo se encaminaba al banco de al lado y musitaba: — ¡Me van a oír estos del BPC! ¡Listos! ¡Que son unos listos!

**José A. García Feria**